



© Luis Corbacho ©

Conchi Jiménez Fernández

Donde se da cuenta de  
*la grande aventura*  
 Don bibliotecaria de  
 Quijote  
 en el 2005

*Alonso Quijano, famoso hidalgo don Quijote de la Mancha, en este cumpleaños de la primera edición de tus aventuras, ¿cómo no ibas a hablar del estado actual de las bibliotecas municipales en tu país, aquellas que contienen los libros que algunos dicen que te hicieron perder el juicio?*

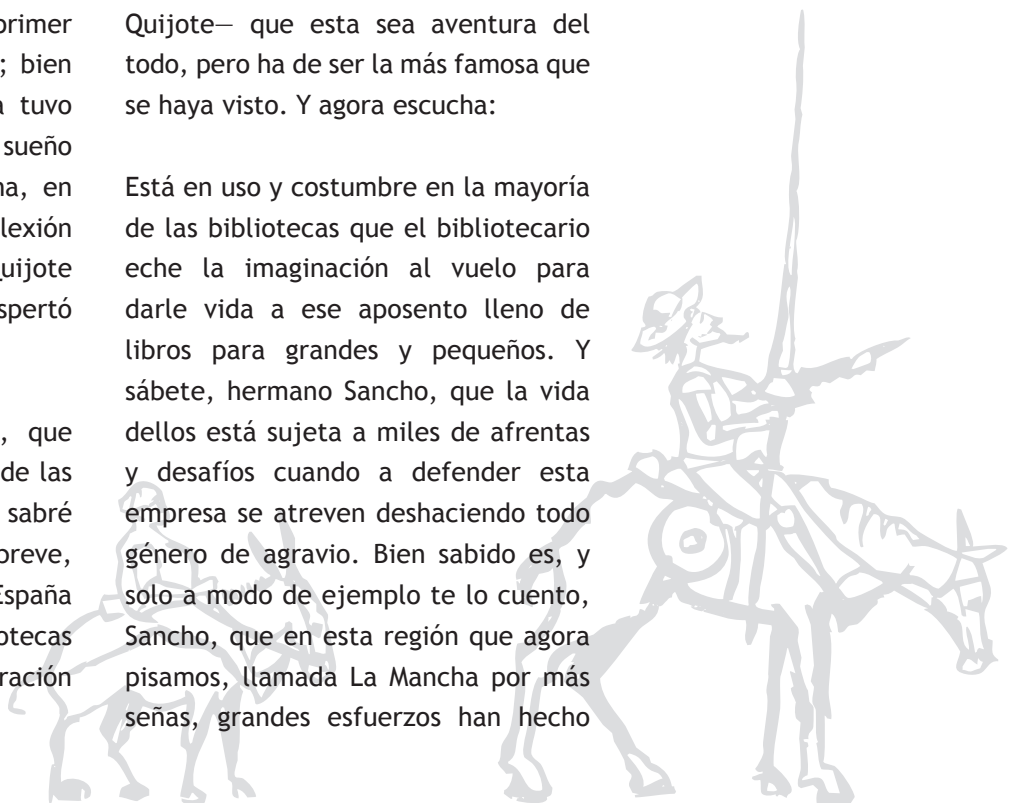
**E**ra la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista. Cumplió don Quijote con la naturaleza durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera que despertó a Sancho y le dijo:

—Has de saber, amigo Sancho, que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer; y, por contártela en breve, sabrás que en este reino de España existen casi cuatro mil bibliotecas públicas que de la administración local dependen.

—Pues ¿en qué halla vuestra merced —dijo Sancho— que esa sea aventura?

—No quiero yo decir —respondió don Quijote— que esta sea aventura del todo, pero ha de ser la más famosa que se haya visto. Y agora escucha:

Está en uso y costumbre en la mayoría de las bibliotecas que el bibliotecario eche la imaginación al vuelo para darle vida a ese aposento lleno de libros para grandes y pequeños. Y sábetelo, hermano Sancho, que la vida dellos está sujeta a miles de afrentas y desafíos cuando a defender esta empresa se atreven deshaciendo todo género de agravio. Bien sabido es, y solo a modo de ejemplo te lo cuento, Sancho, que en esta región que agora pisamos, llamada La Mancha por más señas, grandes esfuerzos han hecho



las mayores y menores autoridades en estos últimos años para mejorar las bibliotecas a la mano de nuestros paisanos, pero maldita sea la hora reciente en que todavía resuena la orden de algún tacaño gerifalte que pretende recortar, como si de un paño se tratase, más allá de donde conviene, los medios hasta ahora empleados y llevarse con ellos la ilusión de quienes sus sudores han vertido en tan noble empresa. Más sólo

Digo, en efecto, que esos encargados de bibliotecas y todos aquellos que se hallaren en esa situación, no son genios que salidos de una lámpara maravillosa despertaren por sí mismos la curiosidad por abrir, hojear y, ¡hasta leer! uno desos libros en ese servicio municipal más visitado y utilizado a diario. Pero la profesión dese ejercicio no consiente ni permite que ellos anden de otra manera dando también ocasión, a convertirlos en ogros del

Ilustración: *El Quijote*, edición de 1905 de Saturnino Calleja.



estas hazañas de bibliotecarios, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro, no son remedio para hacer lectores cuando la desgana o la despreocupación sobran en la escuela y en la casa. ¡Desventurados dellos! pues parece ser mucho pedir lo más importante con hijos y alumnos: el estímulo.

cuento cuando se impone el orden por la fuerza a los impetuosos escolares sobre sus derechos y obligaciones en un lugar público. Y como las cosas de la biblioteca y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos responsables

públicos que en sosegada ignorancia y reposo llegan a comentar que “no les gusta cerrar la biblioteca” cuando hay que ausentarse.

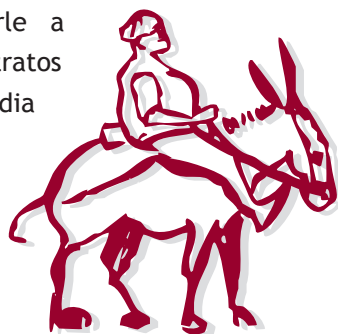
A todo esto no respondía Sancho, porque de nuevo dormía, ni despertara tan presto si don Quijote, con la punta de la lanza, no le hiciere volver en sí.

—Por quien Dios es, Sancho —dijo don Quijote— que duermes con sosegado espíritu sin que te tengan en continua vigilia las injusticias que reparar, las sinrazones que enmendar y los abusos que mejorar en las bibliotecas españolas.

Despertó Sancho, por fin, soñoliento y perezoso disponiéndose a escuchar la plática de su amo y diciéndole:

—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y encomendémoslo todo a Dios que es el sabidor de las cosas que han de suceder en ese valle de lágrimas, en ese mal mundo de las bibliotecas del que vuestra merced habla.

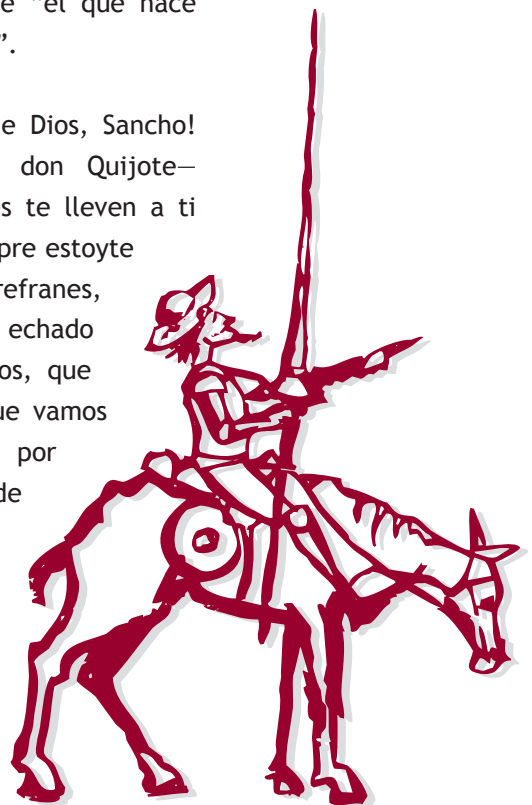
—Calla, Sancho —respondió don Quijote— Calla, digo, y no digas blasfemias contra aquellos casos donde abundan la ingratitud y los agravios que deshacer. Pues has de saber, amigo Sancho Panza, que es costumbre muy usada en esas estancias para libros el realizarle a sus trabajadores contratos temporales a media jornada, como auxiliares administrativos, o cuya tarea se tiene que compaginar con otras funciones en el

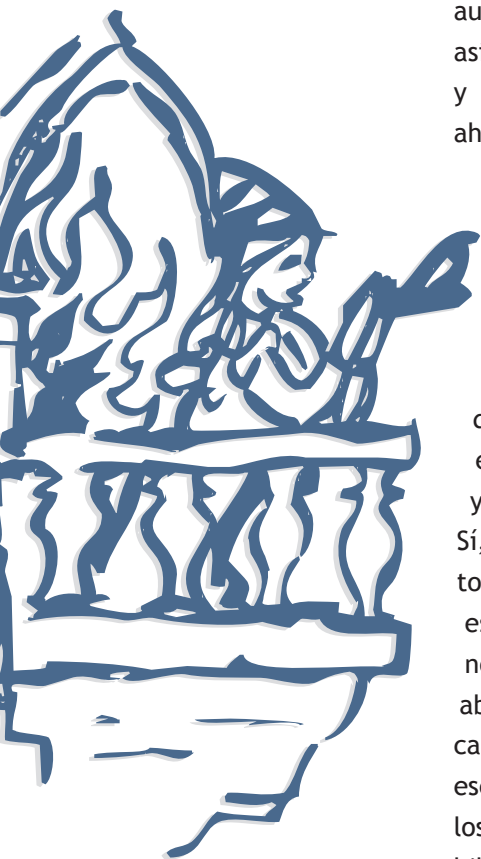


ayuntamiento o casa de la cultura, con lo cual, el trabajo desarrollado no tiene continuidad porque está abocado a la ruptura. Y ya se sabe que una golondrina sola no hace verano. Y pudierate contar agora de algunas pruebas selectivas que a menudo no recogen más que criterios baladíes que tendrán buena prensa en la sensibilidad social de los votantes pero que resultan patéticas si lo que pretenden los bibliotecarios es profesionalizarse de una vez por todas. Desta manera el viento de la fortuna en su contra se vuelve convirtiendo la ilusión de muchos animosos bibliotecarios en enojo e incomprensión.

—Señor —replicó Sancho—, bien veo que todo cuanto vuestra merced me ha dicho son cosas verdaderas pero, ¡pardiez!, que cada cual se rape como más le viniere a cuento; que yo no puedo hacer que en esos ayuntamientos sea menester que el que vee la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: “espantose la muerta de la degollada” y vuestra merced sabe bien que “el que nace lechón muere cochino”.

—¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! —dijo a esta sazón don Quijote— ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Siempre estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda.





Por la fe de caballero andante y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas de bibliotecas en las que cuesta encontrar sustitutos para sus habituales rectores cuando llegan los períodos vacacionales, dejando estos aposentos en manos de cualquiera, donde los presupuestos escasean y los problemas de espacio y movilidad son de difícil resolución.

Sí, amigo Sancho, casi todo funciona a medias en ese lugar donde lo gratis no se valora y donde abunda, como secreta y casi prohibida satisfacción, ese mimo supersticioso con los libros por parte de los bibliotecarios, bodegueros de libros, detentadores del saber, a los que se les confía lo fundamental de la comunidad, la memoria y la ciencia para progresar. Pero no es esta aventura de resolver por caballero andante, sino por gobernadores, y a ti te corresponderá esta empresa cuando seas gobernador de la ínsula que te tengo prometida.

—Perdone vuestra merced —dijo Sancho— que como yo no sé leer ni escribir, no sé ni he caído en las reglas de esa profesión de que me habla.

—Tienes razón, Sancho —dijo don Quijote— que no es de gobernadores ejercer la profesión de bibliotecario, pero sí la de velar por el

establecimiento de aquellas mercedes que fragüen en el ofrecimiento de unos locales acondicionados a ese oficio, de dar maña a formas de selección y condiciones profesionales honestas y provechosas, de procurar diligencia a reglas de organización y funcionamiento que saquen esas bibliotecas a seguro puerto de mar proceloso en el que se hallan, y otras muchas afrentas con las que se encuentran los bibliotecarios de este país. Mucho me temo, con lo que dices, que no has de tener la habilidad para



governar un estado pero me guío por el ejemplo que me da el gran Amadís de Gaula, que hizo a su escudero conde de la Ínsula Firme, y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacerte conde a ti, Sancho Panza, que eres uno

de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

—Yo le prometo —contestó Sancho— que no me falte a mí habilidad para gobernar y cuando me faltare hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento el estado de los señores, y les dan un tanto cada año y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así hago yo y me gozaré de mi renta como un duque y allá se lo hagan en ese tema de las bibliotecas.

—¡Oh, bellaco, villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido! —decía don Quijote— ¡Vete de mi presencia, monstruo de la naturaleza!

A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso que se le holgara de que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara.

Y pasado un rato, y pausados los ánimos, prosiguió don Quijote, y dijo:

—Bien Sancho, en lo que te toca a cómo has de gobernar tu ínsula, lo primero que te encargo, si mejorar la situación de bibliotecas y bibliotecarios se requiere, es que hagas dotar a esos aposentos de libros de espacios suficientes para que no tengan que cohabitar niños junto a jóvenes y adultos en una misma sala, que no

permitas que el oficio de bibliotecario se convierta en la lotería municipal sin posibilidad de disfrute de las ventajas de un contrato regularizado, asigna una cantidad presupuestaria para la compra de títulos y obras convenientes que ofrecer a los más exigentes lectores. Y ten cuenta, Sancho, de ofrecer una remuneración suficiente y digna a esos responsables de bibliotecas que no quieren sino poner al día las estructuras anquilosadas de un centro envejecido. Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

Atentísimamente escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas y, haciendo sentir las espuelas a su caballo Rocinante, díjole don Quijote a su escudero:

—Bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, estas calificadas afrentas a ti te corresponden; que yo veo, en esta tierra de bien, que no han de faltar en ella muchas destas aventuras y muy milagrosas. ■

